los latidos. El lenguaje inarticulado que nos encanta cuando contemplamos tantos y tantos séres mudos, no lo posee la hormiga. Está rodeada completamente de misterio y de silencio.

Respira, ó mas bien recibe el aire de lado, nó de frente ni por la cabeza. Su hálito es imperceptible. Siendo así, ¿cómo hablar y quejarse? De todos nuestros idiomas ni una letra comprende. Tiene murmullos pero nó voz.

Aquella careta fija, inmóvil, condenada á no decir nada, ¿pertenece á un mónstruo ó á un espectro? Ni lo uno ni lo otro. A juzgar por sus movimientos y por tantos actos que llevan el sello de la reflexion, al ver sus artes mas adelantadas que las de los grandes animales, uno está tentado de creer que en aquella cabeza hay algo. Y, desde lo mas alto hasta el último peldaño de la vida, siéntese la identidad del alma.

X.

EL INSECTO COMO AGENTE DE LA NATURALEZA

EN LA ACELERACION DE LA MUERTE Y DE LA VIDA.

El insecto no posee mis idiomas. Ni nos habla por la voz ni por la fisonomía. ¿De qué manera se expresa, pues?

Habla por medio de sus brios:

1.° Por el acto inmenso de destruccion que ejerce sobre el exceso de la naturaleza, sobre un sinnúmero de existencias demasiado lentas ó mórbidas que se apresura á hacer desaparecer.

2.° Habla asimismo por sus energías visibles, sobre todo en el acto del amor, sus colores, sus llamas, sus venenos (de muchos de los cuales se aprovecha la ciencia de curar).

3.° Habla en fin por sus artes, que podrian fecundizar las nuestras.

De esto hemos de ocuparnos en el presente libro segundo de nuestra obra.

Comencemos abordando el asunto por lo que mas nos hiere y parece como el auxiliar de la muerte, su inmensa, su ardiente é infatigable destruccion. Considerémoslo históricamente y remontémonos aun mas alto.

Para responder á nuestras pequeñeces, á nuestras repugnancias, á nuestros temores, á los juicios mezquinos, egoistas, que formamos de todas las cosas, fuerza es recordar las grandes y necesarias reacciones de la naturaleza.

Ésta no ha avanzado con el órden de una ola continuada, sino haciendo remolinos y retrocediendo sobre sí misma, remolinos que la han permitido armonizarse. Nuestra miopia que á veces se fija en movimientos aparentemente retrógrados, alármase, horrorízase y desconoce el conjunto.

Es condicion propia del Amor infinito, que crea constantemente, llevar al infinito todas sus creaciones. Empero en ese mismo infinito suscita una creacion de antagonismos que sujetará la primera creacion. Si vemos que produce mónstruos destructores, podemos estar seguros de que se presentan como remedio y represion para detener á los mónstruos de fecundidad.

Los insectos herbívoros han sido la represion del horripilante estorbo vegetal del mundo primitivo.

Y como esos herbívoros se desbordaron contra toda ley y razon, para reprimir el desbordamiento llegaron los insectos insectívoros.

Éstos, robustos y terribles, tiranos de la creacion, merced á sus armas y á sus alas habrian sido vencedores de los vencedores, acabando con las especies mas débiles, á no haber sobrevenido para dominar á todo insecto el gran alado, un tirano superior, el pájaro. La orgullosa *nadadora* fue pasto de la golondrina.

Por medio de esas sucesivas destrucciones la produccion vióse, nó suprimida, sino limitada, equilibrándose las especies; de suerte que todos duran y viven. La especie mas podada es la mas fecunda. ¿Se desborda? al momento dicho exceso es equilibrado por la nueva fecundidad que prodiga á sus destructores.

Hombres de nuestra época tardía, hijos del enclenque y sóbrio Occidente, criados en esos huertecitos angostos, cuidados, espulgados, que llamais grandes cultivos; engrandeceos, os lo ruego, dad mas vuelo á vuestras concepciones y procurad imaginar otra cosa que esas miniaturas, si quereis comprender un tanto las fuerzas primitivas del globo, la abundancia y superabundancia que pudo desplegar la tierra cuando, humedecida por las cálidas nieblas, hizo brotar de su seno el flujo de la juventud primitiva. Las mas ardientes comarcas del globo en que vivimos ofrecen todavía algunos vestigios de aquellas edades, empero en completa decadencia. El África, que ha perdido casi todas sus aguas, conserva como recuerdo de entónces en sus zonas mejor conservadas esa hierba enorme y ventruda, árbol herbáceo, la adansonia ó baobab. Los inextricables bosques de la Guyana y del Brasil, en su confusion, en sus caos de plantas locas que, sin reglas ni medida envuelven á los árboles gigantescos, los ahogan, los pudren, los entierran en los escombros, nos presentan la imágen perfecta del caos de la antigüedad. Los solos séres bastante impuros para sufrir aquella impureza y aspirar sus mortales alientos, eran los reptiles barrigudos, los pesados sapos, los verdes caimanes, las serpientes enfangadas y venenosas. Estos hubieran sido los únicos moradores de la tierra. No pudiendo respirar cómodamente bajo tan

terrible presion, jamás le fuera dado soplar ese aire puro que nos ha dado vida.

Entónces, de lo alto arrojóse el ave en aquel antro, llevándose por el espacio hasta la cima de los elevados bosques, alguno de esos mónstruos. Pero su obstinada lucha no lograra acabar con la abominable fecundidad de dichas razas, si por debajo miles de millones de roedores no hubiesen limpiado aquel exceso, dejado desnudas tan espantosas guaridas, vuelto á abrir á los rayos vivificadores del sol la broza bajo la cual jadeaba la tierra. Los mas humildes entre los insectos practicaron el trabajo mas enorme á que se debe la habitabilidad del mundo: devoraron el caos.

«¡Medios insignificantes, gran resultado!» me diréis. «¿Cómo esos pequeños acabaron con el infinito?» La duda que os asalta se desvaneciera si hubiérais sido testigos una sola vez del despertamiento de nuestros gusanos de seda, cuando el dia menos pensado se manifiestan con la inmensa hambre que no basta á satisfacer un mundo de hojas. Su huésped creia tener bastante para su sustento con un precioso y vasto plantío de morales, pero esto es nada para ellos. Aunque les deis todos los productos de un extenso bosque no están contentos. Colocaos á veinte pasos ó mas lejos de donde están y percibiréis un extraño y no interrumpido murmullo, semejante á un arroyuelo que corriera incesantemente, rozando y gastando los guijarros. Y vuestros oidos no os engañan: es aquello un arroyo, un torrente, un rio infinito de materias vivas que, bajo ese gran mecanismo de tantos instrumentos pequeños, zumba, resuena y murmura, pasando de la vida vegetal á la de insectos, y suave, invenciblemente va fundiéndose en la animalidad.

Volviendo á la edad primitiva, los mas terribles destructores, los roedores mas implacables que profundizaron la podredumbre inferior del gran caos, que mas arriba libraron al árbol del abrazo de sus parásitos y luego atacaron las matas, aclararon la lívida sombra, éstos fueron los bienhechores de las especies del porvenir. Su no interrumpida obra de indomable destruccion puso en razon á la orgía vegetal en que estaba encharcada la naturaleza. Poco le valió producir; aquéllos vencieron, practicaron magníficos claros, y los mónstruos, desterrados de los antros do pululaban, hiciéronse de dia en dia mas estériles, entregados por esa gran revelacion de las selvas al hijo de la luz, el pájaro.

Acorde profundo y precioso rasgo entre éste y su contrario, el hijo de la noche, el insecto, que barrió el abismo, entregándole sus enemigos. Añadid á todo esto que á medida que una nutricion exuberante fortificó, exaltó al insecto, cuando su sangre se embriagó con tantos ardientes vegetales, comenzó una aspereza desconocida hasta entónces, y especies atrevidas, feroces, ya no se complacieron en roer las guaridas de los mónstruos, sino que atacaron á éstos. Aguijones, taladros, ventosas, dientes cortantes, aceradas pinzas, un arsenal de armas desconocidas, innominadas aun, nacieron, se prolongaron, se afilaron para trabajar la materia viva. Era preciso que así sucediese. Esta fue la navaja que cortó el muermo inmundo del mundo que nacia. Él habia alimentado, multiplicado la creacion, animalizado débilmente algunos gusanos abotagados, larvas de sangre descolorida, vida pálida, ínfima todavía, que adelantó á través de ese ardiente crisol de vida áspera, que fue el insecto superior.

En la tierra no conozco nada que parezca mas fuerte, mas firme, mas duradero y mas temible que esas acorazadas miniaturas del rinoceronte que corren tanto, como tardo y pesado es dicho mamífero. Los cárabos, los nasicórneos, las cometas, que llevan sobre sí y con tal agilidad armaduras mas temibles que todas las de la edad media, no nos hacen cobrar confianza sino porque los vemos tan pequeños. Relativamente su fuerza horripila. A haber entre los hombres uno que en proporcion se les asemejara, podria acarrear en sus brazos el obelisco de Louqsor.

Esas energías de absorcion, concentrando en tales insectos enormes focos de fuerza, tradujéronse en la luz por energías de color. A éstas, en las especies en que la vida se exalta mas, se sucedieron las energías morales. Aquellos héroes de la barbarie (los escarabajos) fueron eclipsados por los modestos ciudadanos llamados hormigas y abejas, cuya belleza constituye la armonía.

Hé aquí condensada la historia de los insectos. Mas, por muy alto que éstos hayan de conducirnos, no despreciemos el punto de partida, los útiles roedores y mineros que labraron, prepararon el globo.

¿Está terminado este trabajo? De ninguna manera. Inmensas zonas se mantienen, si así vale decirlo, en la antigüedad, condenadas á una fecundidad terrible y malsana. En el centro de la América, donde se ostentan las selvas mas ricas del globo, parece que éstas rechazan al hombre que, si osa afrontarlas, encuentra allí la muerte. Sus brazos, enflaquecidos por la fiebre, no tienen suficiente fuerza para recoger los tesoros que encierran. Si un árbol cae y obstruye la via pública, hé aquí un obstáculo insuperable para el

hombre indolente: lo desvia, y veis la huella impresa en las altas matas. Por fortuna, los termites no retroceden con tanta facilidad. Si ven interceptada la via por el árbol, no lo evitan ni dan la vuelta para pasar, sino que lo atacan valientemente de frente, empleándose en esa faena el número de trabajadores requerido, algunos millones, y en dos ó tres dias no queda ni traza del árbol y el paso se encuentra libre.

La alta ley de la naturaleza, la ley de salvacion, en tales comarcas es la destruccion rápida de todo lo decreciente, lánguido, estancado, y por tanto perjudicial; su ardiente purificacion por el crisol de la vida. Este crisol es ante todo el insecto. No debemos acusarle por su furor de absorcion, nó. ¿Quién ha pensado nunca en acusar á la llama? Ésta sólo es digna de acusacion cuando no arde. Asimismo el fuego vivo llamado insecto vino al mundo para devorar. Requiérese que sea ardiente, cruel, ciego, de un apetito implacable. ¡Léjos de él la sobriedad, la moderacion, las contemplaciones! Todas esas virtudes propias del hombre y de los séres superiores serian un contrasentido que no cabe en la imaginacion. ¿Se concibe un insecto con la sensibilidad y la ternura del perro? ¿un insecto que llorase como el castor, que tuviera las aspiraciones, la poesía del ruiseñor, ó finalmente, la compasion del hombre?... Un insecto así constituido seria un engendro, muy poco apto para su profesion de anatómico, de disecador y destructor, mejor dicho, de traductor universal de la Naturaleza, que, precipitando la muerte y haciendo tabla rasa de la apatía, acelera de esta suerte la brillante vuelta de la vida. Por su conducto, desembarazada y ligera, dice con salvaje alegría: «¡Ni enfermedad ni vejez! ¡Fuera todo rebaja-

miento!..... ¡Salve la juventud eterna! ¡Muera todo aquél que ha vivido mas de un dia!»

Notad que esa furia de insectos alados que parecen agentes de la muerte, suele ser una causa de vida. Su encarnizada persecucion de los rebaños enfermos, que languidecen con el húmedo calor, es la salvacion de éstos. De lo contrario permanecerian estúpidamente resignados, y, á cada momento mas incapaces de moverse, taciturnos, atados por la fiebre, no volverian á levantarse. El inexorable aguijon sabe á maravilla ponerlos en pié: sin poder apenas sostenerse, huyen; el insecto no los deja, los excita, los empuja, y, ensangrentados, llévalos á las salutíferas regiones de las tierras secas y de las aguas vivas, donde menos satisfecho por su parte el furioso guia, los abandona, regresando en medio de los vapores malsanos, á su reino de muerte.

En África, en el Soldan, un pequeño insecto, la mosca Nam, dirige soberanamente las emigraciones de los rebaños. En la época de las sequías se encarniza contra el camello, y se introduce con el mayor atrevimiento en las orejas del elefante. Esos gigantes, empujados invenciblemente por el pastor alado, huyen del abrasado clima del Mediodía, encaminándose en busca de la brisa del Norte. El buey, por el contrario, lisonjeado por dicho insecto y por el árabe, su dueño, no se mueve del Mediodía.

El mas terrible entre los insectos, la gran hormiga de la Guyana, recibe las mas fervientes bendiciones á causa de su gran potencia devoradora. Sin ellas no seria posible expurgar las viviendas de toda especie de castas oscuras que pululan entre tinieblas, en el piso, en el maderámen y en todas las rendijas. Pero una mañana el negro ejército se presenta á las puertas de las casas: ya tenemos en campaña á las *hormigas visitadoras*. Los moradores se retiran, desocupan el puesto y evacuan la vivienda. «Pasen ustedes, señoras, están en su casa, pueden hacer cuanto les acomode...» Los dueños de la habitacion no estarian muy seguros si se quedaban, pues tan exactas visitas tienen por norma no dejar nada vivo por donde pasan. Primero perecen todos los insectos, los grandes, los invisibles, y hasta los huevos ocultos en los parajes mas apartados; luego los animalillos, tales como sapos, culebras, turcones: nada se escapa. La arena del combate queda limpia, sin despojos, pues todo es devorado concienzudamente.

Las grandes arañas de las Antillas, sin pretender practicar tan terrible y completa purificacion, trabajan no obstante con ahinco para limpiar las casas: ellas no sufren el mas pequeño insecto repugnante. Muy buenas servidoras son esas arañas y mas limpias que los esclavos. Por lo tanto se las estima y se las compra como criados indispensables. Hay mercados en donde se hace el *comercio* de arañas.

En Siberia la araña goza de la consideracion que en todas partes merece por tantos títulos. Aquel mundo del extremo Norte, cuyo corto verano da aliento á cínifes y mosquitos, tiene un bienhechor en el útil insecto que opone á dicho ejército de gente menuda una cacería industriosa en provecho del hombre. Su consumada prudencia, su habilidad superior, la presciencia que tiene de las variaciones atmosféricas y de las fases del clima, hánle elevado de tal suerte á los ojos de los siberianos, que varias de sus tribus están en la creencia de que la creacion del mundo se debe á una araña gigantesca.